

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.^a L. *La Europa en la Edad de Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Ed. Crítica, Barcelona, 1998. 399 pp. 111 figs.

Resulta sin duda alguna difícil la reseña de un libro como el de la Europa atlántica. Esta dificultad se debe, en primer lugar, a lo atípico de una obra en la que tiene cabida una gran cantidad de información muy heterogénea que trata de mostrar, cuando no de demostrar, una homogeneidad que a modo de *Koiné* cultural, en palabras de la autora y de alguno de los participantes en el Coloquio de Brest (1961), pudo existir durante la Edad del Bronce e incluso en momentos previos en la fachada atlántica del continente europeo.

Esta obra, en su conjunto, ofrece al lector una amplia serie de alicientes entre los que cabe destacar la posibilidad de obtener, con una única obra, una visión global de la Europa atlántica durante la Edad del Bronce sin obviar las relaciones que, a través de la Península Ibérica y las grandes cuencas fluviales centroeuropeas, se establecieron entre el Atlántico y esa suerte de mar interior que es el Mediterráneo. En este sentido la obra viene acompañada de un interés añadido. Este es el de la novedad, pues tras la obra colectiva de González, Lull y Rich (1992) es ésta que nos ocupa, sin duda alguna, una de las mejores síntesis globales de la Edad del Bronce que han sido realizadas en la Península. Por otra parte, el lenguaje fácil y claro de la autora dota de mayor nitidez expresiva a los datos ofrecidos, respecto a la obra conjunta señalada.

Esta innovación destaca más cuando quien la escribe no es un autor novel sino una de las mayores especialistas del Bronce de nuestro panorama Universitario, y más aún cuando el discurso de la obra resalta frente a obras anteriores. En este sentido, es posible advertir con claridad la línea evolutiva del pensamiento de la autora desde los postulados tipológicos, histórico-culturales o clásicos presentes en sus primeras obras (1984), hasta el discurso post-procesualista. Esto, en sí, denota la capacidad de síntesis y cambio que la autora ha demostrado en las páginas que reseñamos, pero también denota que los mecanismos de investigación cambian y que este cambio debe estar ligado de forma estrecha con cambios paralelos en las líneas interpretativas. Todo ello

sin caer jamás en la descalificación vulgar ni en el “redescubrimiento” de pólvoras o brújulas, sino muy por el contrario, como hace Ruiz-Gálvez, con la honradez y la astucia de las propuestas novedosas enfocadas desde postulados holistas y/o globales.

El contenido de esta obra enlaza bien con las novedades bibliográficas italianas (Giardino 1995), británicas (Parker-Pearson 1993), y las obras conjuntas y/o Coloquios franceses (Chévillet y Coffyn 1991) y portugueses (Jorge 1995), retomando en ocasiones algunas de las opiniones más destacadas o resumiendo datos en otras.

Desde un punto de vista formal la composición de la obra es clara, precisa y se encuentra bien estructurada, si bien el conjunto global de la obra deja entrever alguna quiebra en la relación que se establece entre lo que se pretende ofrecer y lo que realmente oferta la obra. A este respecto, lo primero que destaca al lector es el título de la obra. A este respecto, si los halagos jamás deben ser gratuitos, tampoco deben dejarse de lado las críticas de carácter constructivo. Así, la autora nos ofrece un título comercial, sonoro, cargado de interés y quizá ligeramente ambicioso. Lamentablemente no da fé cierta de lo que el lector hallará en su interior. Éste anuncia, con el soporte preciso de un subtítulo, un paseo por la Europa atlántica en la Edad del Bronce que sin duda debe conducirnos hacia las raíces de la Europa occidental.

Los criterios asumidos rebasan, tal vez, la pretensión de reunirlos, so pena de excesivo constreñimiento, en un único volumen. Así, el viaje europeo se solventa en pocas páginas en relación con la globalidad de la obra, y culmina casi en el momento de su nacimiento en un espacio exclusivo: la Península Ibérica.

El peso específico de las páginas dedicadas realmente a la Europa atlántica (41 páginas sobre más de 300) y la Península Ibérica hace que la correcta articulación de los capítulos se descompense muy a favor de ésta última. La obra se articula en 8 capítulos que permiten realizar un detenido y ordenado análisis del Bronce Atlántico, principalmente de la Península Ibérica. Los tres primeros capítulos sientan las bases teóricas y metodológicas del estudio que se afronta, añadiendo datos de interés que tratan de apoyar, por encima de cualquier otro, el modelo explicativo que más convence a la autora, el de los “Sistemas Mundo” enunciado por K. Kristiansen y Jensen (1994).

Elevado interés tiene la declaración de intenciones –en el apartado cronológico y de secuencia cultural–, por parte de la autora, cuando afronta la necesidad de abordar el estudio de las dos primeras fases que conforman la Edad del Bronce (Bronce Antiguo y Bronce Medio) en un único apartado, tal y como ya hicieron Coles y Harding o Bradley, buscando, para señalar los cambios, elementos de componente social o económico más que tipológico. Lamentablemente, a mi entender, esto no se refleja netamente en el desarrollo de la obra y sigue siendo recurrente el uso de la secuencia tripartita clásica (pág. 140 para el repaso fulgurante sobre la Europa atlántica y pág. 168 para el detenido y minucioso análisis de la Península Ibérica).

Muy interesantes resultan los datos que conforman los capítulos 2 y 3 y que demuestran el saber enciclopédico de la autora, así como el interés que tienen en su investigación las variables socioeconómicas (capítulo 2) y espacio-temporales (capítulo 3 y en parte el capítulo 8). A este respecto destaca la inclusión del capítulo 8, pequeño homenaje a Le Goff, como cierre de la obra cuando sin duda su colocación habría encajado bien entre los primeros capítulos. A partir del cuarto capítulo la balanza de la igualdad se inclina, invariablemente, a favor de la Península Ibérica que, tras 13 páginas dedicadas a los condicionantes “geográficos” de la zona atlántica ibérica, dedica los restantes capítulos a este espacio geográfico, excepción hecha de las 41 páginas sobre un total de 237 dedicados verdaderamente a la Europa Atlántica.

No obstante la obra, en su contenido, ofrece datos de alto interés, algunos de ellos perfectamente estructurados como explicación alternativa, dentro del esquema del “Sistema Mundo”, a las diferentes propuestas interpretativas de la Edad del Bronce y su tránsito hacia la Edad del Hierro. De todas estas ideas, quizá la que más destaque sea la existencia de cierta continuidad que explicaría el desarrollo cultural como un proceso continuado en el que los cambios, cuando aparecen y son visibles en el registro arqueológico, es tras un lento proceso compuesto por pequeñas variaciones que, en su epílogo, parecen desarrollarse de un modo más rápido de lo que en realidad sucedieron.

La obra señala dos partes claramente diferenciadas. Una primera (capítulo 5) hace referencia a la existencia de una serie de contactos previos en los

que cabe señalar el componente marítimo –con varios milenios de posible experimentación en las artes de navegar–, y que habrían supuesto el rápido establecimiento de una “identidad atlántica”. Esta identidad no se habría establecido en menosprecio de los contactos con otras áreas, si bien esta posibilidad no se estudia a fondo. Este proceso se habría desarrollado en el seno de unas sociedades continuadoras del substrato anterior. Para establecer esa afirmación se recurre a la perduración durante buena parte de la Edad del Bronce del fenómeno megalítico así como las concomitancias existentes entre los conjuntos culturales y simbólicos y/o ideográficos ingleses, bretones y del noroeste peninsular lo cual resulta, sin duda, incontestable.

El desarrollo de este proceso derivaría, en momentos sincrónicos a las etapas finales de la Edad del Bronce, en un incremento de los contactos así como en un crecimiento de los intercambios derivados de ellos (capítulo 6). De este modo, se presenta el tránsito entre el II y el I Milenio a.C. como un periodo de cambios climáticos (Subboreal), políticos (generalización de jefaturas pre-estatales), económicos (intensificación agrícola y especialización ganadera) así como un proceso de reorganización tecnológica.

Dentro de este apartado resulta de extremada importancia la generalización de la cría de bóvidos y la multiplicación en el uso de plantas nutritivas y en especial leguminosas. Estas últimas, según Ruíz-Gálvez, no detectadas en contextos previos al Calcolítico, si bien los últimos datos polínicos de algunos yacimientos neolíticos peninsulares parecen atrasar en más de dos milenios la presencia de estas plantas anuales ligadas, tal vez, a la horticultura.

Todo el conjunto de datos manejados hasta el momento, junto a los expuestos en este capítulo, se dirigen a señalar la importancia de la ganadería, y en especial los movimientos del ganado en relación con el establecimiento de rutas de paso y tránsito, ligadas a rituales bien establecidos como los depósitos en las aguas junto a ciertos vados de río, cuestión esta que debe ser puesta en cuarentena, pues está aún por ser valorada la capacidad de arrastre de las aguas fluviales respecto a estos materiales, lo cual podría cambiar algunas interpretaciones hechas de un modo apresurado. Otros ritos como la presencia de espadas y puñales hincados en la roca –curioso *memento mori* de los ciclos artúricos–, ligados a pasos de sierra, parecen menos confusos.

Por otra parte, se señala que estos grupos de la Edad del Bronce fueron adquiriendo una complejidad que les pudo permitir el establecimiento de sistemas pre-estatales sólidos, así como redes de comercio e intercambio igualmente sólidas, que pudieron igualmente facilitar los contactos con ciertas áreas del Mediterráneo central (sector sardo) en un momento previo a la presencia fenicia. Esta postura se enfrenta a la mantenida por otros especialistas que siguen sosteniendo esquemas “pre-coloniales”, una “indudable” subordinación de los grupos occidentales a los orientales..., y es que, lamentablemente, aún hay en nuestro horizonte demasiadas “luces del Oriente”.

La construcción que se hace de este mundo previo a la presencia “oriental” es sólida, y se encuentra perfectamente documentada tanto en dataciones radiocarbónicas como en materiales presentes en yacimientos “indígenas”, algunos de ellos tan exóticos como los fragmentos de hierro de Villena.

El capítulo 7 se dedica a abordar la siempre espinosa cuestión de la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro –de nuevo en la fachada atlántica de la Península Ibérica–. En primer lugar se retoma la cuestión de la cronología, presentando para ello un amplio *corpus* de fechas radiocarbónicas. Éstas, una vez analizadas en conjunto, dotan de coherencia a la propuesta que establece la necesidad de retrasar las fechas de la presencia fenicia en la Península Ibérica al menos hasta el siglo IX a.C., como ya han señalado algunos especialistas (Torres Ortíz 1998).

Todo ello supone, en primer lugar, una demostración de la inoperatividad de las cronologías históricas y por otra, la posibilidad de que el desarrollo “evolucionado” que plantea la obra cobre sentido. A este respecto se refiere la existencia de un sistema de pesos y medidas ajustado al ciclo minorasiático, detectable en algunos tesoros y depósitos como los de Berzocana o Sagrajas, y la presencia en el Sudoeste de un sistema gráfico lingüístico –escritura tartessica (lo sea o no)– que parece señalar la posibilidad de que existiese, en un momento previo a la llegada de los fenicios, una construcción social y económica por parte de los “indígenas”, sólida y capaz de promover e incluso reclamar el establecimiento de líneas de comercio.

En el capítulo final (8) –al que ya se ha hecho referencia en líneas anteriores– se realiza un intere-

sante estudio de las estelas, losas, ídolos y petroglifos que sin duda formaron parte de una misma identidad de substrato y cuya funcionalidad establece la autora como parte de un sistema de “reclamación” de derechos sobre determinados recursos económicos “hacia gentes de fuera”. Mucho provecho puede sacarse del detenido análisis del apartado dedicado a la lengua y la etnicidad, epígrafe que de nuevo señala los amplios conocimientos de la autora y su gran capacidad de síntesis y manejo de ideas globales, que en el fondo son los que permiten establecer grandes hipótesis y teorías coherentes.

Tal vez en algunos apartados y epígrafes internos hubiese sido más de agradecer el uso de criterios más ordenados, aunque el conjunto de la obra está solucionado con gran diligencia. Se hecha en falta la presencia de más de bibliografía, aún cuando la autora debió optar por el resumen por capítulos en beneficio del lector, pensando en ganar hojas para la exposición de los datos y las interpretaciones. Bien es cierto que las obras citadas son las básicas, y que en ellas puede el lector encontrar referencias más precisas y más amplia bibliografía al respecto.

Los índices se solucionan en tres apartados, un índice alfabético cuya inclusión se agradece pues facilita en gran medida la consulta rápida y puntual del texto; un índice de figuras muy completo y el índice general de la obra por último. La obra incluye un único apéndice dedicado a dataciones. Éstas se dividen en tres cuadros en los que se echan en falta indicaciones precisas del momento preciso de la secuencia al que se refieren. La información es completa si bien se presta a confusión el encabezamiento de las fechas calibradas como a.C. cuando hubiese sido más acertado señalar A.C. ó B.C. También se nota la ausencia de dos elementos de gran interés, como son la referencia bibliográfica precisa que permita al lector acudir a la obra original que habla de esa fecha concreta, y el programa de calibración –en especial la curva de calibración– que han sido utilizados para la calibración de las dataciones. El lector hubiese agradecido, sin duda, que las listas de dataciones se estableciesen según un criterio uniforme, bien cronológico o bien geográfico, dentro de cada tabla.

Un dato que merece ser apuntado, sin duda más de cara al no especialista en la materia, es la presencia de un glosario en el que pueden encontrarse referencias precisas a expresiones, tecnicis-

mos, anglicismos y otros datos variados relacionados con el texto. Es éste un dato que debería ser ejemplificador y contribuir a que la presencia de glosarios básicos fuese cada vez más frecuente en las obras de carácter científico o divulgativo que llegan al público. Un dato más que denota el buen hacer de esta especialista.

Mención aparte merecen los mapas y gráficos. Sin duda se ha establecido una perfecta armonía entre el texto y los gráficos, pues éstos apoyan los datos que se manejan en el primero y añaden, por descontado ilustrativos, datos que resultan de gran utilidad. La presencia de láminas (111) está bien compensada con el texto (393 páginas), sin restarle un espacio que, o bien implicaría la anulación de parte del mismo, o bien el engrosamiento de la obra.

La redacción del texto es clara, amena, con cierto aire desenfadado sin restar por ello un ápice de integridad a una labor científica bien desarrollada y brillante. Tal vez la autora precise hacer sus escritos más concisos, pues el manejo de una cantidad ingente de datos, mezclados a menudo con referencias, casi

cruzadas, que establecen discursos análogos paralelos anula parte de la fluidez del lenguaje, culto y cultivado que demuestra el texto en su globalidad.

Es, en definitiva esta obra una ingente labor de síntesis de un espacio tan amplio que tal vez por ello deba agradecerse a la autora la dedicación más extensa a nuestra Península. La idea de globalidad, de proceso continuado de cambio cultural, de elementos ubicados en el espacio con un carácter cada vez más antropizado, permite hacerse una idea más que válida de lo que pudo ser, dentro de la Europa atlántica, durante la Edad del Bronce, la Península Ibérica, así como las relaciones que pudieron establecerse entre ésta y el resto de esa Europa atlántica cuya "identidad" tal vez étnica, tal vez lingüística, quizá ambas, se trasluce tras las páginas de esta obra de referencia obligada para los especialistas no sólo en la Edad del Bronce, sino en la Prehistoria y Protohistoria de la Península Ibérica.

*Jesús Jiménez Guijarro**

*Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Prehistoria.
Ciudad Universitaria s/n
28040 Madrid